

CATALOGADO

LA POESIA HISPANOAMERICANA MODERNA  
JUZGADA EN COPENHAGUE

*Por Uffe Harder.*

*En el número 4 de la revista "Vindrosen" (Rosa de los Vientos), correspondiente a octubre de 1958, de Copenhague, Dinamarca, el crítico Uffe Harder publicó el siguiente ensayo, el cual damos a conocer hoy en lengua española, en versión de Lis Hooge Hansen y Raúl Leiva, especial para "La Universidad".*

OFRECER un resumen de la poesía moderna hispanoamericana se nos hace difícil; primero, por el tamaño colosal del tema: veinte países, de México a Chile y la Argentina, con climas totalmente distintos, tanto en lo espiritual como en lo material; y con grandes diferencias en cuanto a la mezcla de raza, naturaleza y maneras de vivir. Eso que se suele llamar América Hispánica en realidad es un mosaico de elementos disímiles. En lo referente a la población, la podemos dividir en tres grandes grupos: el primero, en donde los elementos indígenas forman la mayoría de la población (comienza en México, continúa a través de Centroamérica, Colombia, Ecuador y Perú y termina en Bolivia y Paraguay); el segundo, ahí donde los negros constituyen una porción importante de la población, y son las islas del Caribe (Cuba, Haití, Martinica, Puerto Rico y las costas de Venezuela y Colombia); y el tercero propiamente "latinoamericano" de Chile, Argentina y Uruguay. Y, encima, existe la enorme isla idiomática del Brasil, de lengua portuguesa. Para emplear aquí la definición de Jorge Carreira Andrade, América no es en realidad un continente, sino más bien un mar de islas en donde el agua es de selvas y montañas. O de fronteras políticas, razón por la que muchos de los países suramericanos tienen más relaciones con Europa que con sus propias naciones vecinas.

Hasta 1830, todas estas regiones de habla española en la América centro y suramericana (desde México a la Argentina) poseían una integración política y social. Y era la literatura española peninsular la que dominaba. Fue por los años de 1830 cuando la cosa comenzó a cambiar en el ámbito de la poesía americana que había seguido siempre la tradición colonial, entonces especialmente bajo la influencia de

la literatura romántica. Pero, al sobrevenir la Independencia política de España, permitió que se echara la mirada hacia los otros países de Europa. El romanticismo inglés, el francés y el alemán hallaron una tierra fértil, especialmente en Colombia, México y Chile. Más la influencia principal fue la francesa, la cual llegó a dominar en esos ambientes. Cuando los poetas y escritores hispanoamericanos se rebelaron contra París todavía les hacían falta sus propias tradiciones. La cultura indígena original estaba más bien en ruinas y la antigua cultura española había salido perdiendo con las guerras de Independencia. Más, en los años un poco anteriores a 1900 surge la generación del Modernismo. Su guía principal fue el poeta nicaragüense Rubén Darío. Este poeta consiguió en muy poco tiempo influir sobre toda la América Hispánica y se le considera hoy en día como el padre de la poesía moderna. La influencia francesa dominaba en él, además de las ideas liberales y cosmopolitas, y poetas como Verlaine, Mallarmé, Baudelaire o Gautier. Más Darío, que era en parte de origen indígena, también empleó temas americanos. Su poesía constituye una orgía de color, impresiones de los sentidos y grandes himnos y sinfonías del olor. El estilo simbolista francés mezclado con visiones nocturnas, discursos y poemas sobre la situación política. Darío fue el jefe de la escuela Modernista de 1888 (se llama así porque fue en ese año cuando editó *Azul*, uno de sus primeros libros de poesía). Sin embargo, Darío estaba muy lejos de ser el único poeta importante de esa generación. Entre sus contemporáneos se debe nombrar al colombiano José Asunción Silva, en cuya producción se advierte una mezcla de sensualismo e ideas desesperadas.

El Modernismo se encargó de clarificar el ambiente —después del purismo y romanticismo atormentado del último período español— y continuó vigente después de la muerte de Darío, ocurrida en 1916. Posteriormente (en 1925) se comenzó a manifestar una corriente nueva: los poetas buscaban un camino diferente. Reaccionaban en contra de la herencia del simbolismo y contra la retórica y la artificialidad super-exageradas. El surrealismo —una especie de modernismo europeo— también había llegado a América. Bajo su influencia muchos trataron de crear una poesía nueva, característicamente americana. La generación post-modernista posee nombres que aquí (en Dinamarca) ya conocemos bien. Gabriela Mistral y Pablo Neruda, y también Vicente Huidobro, César Vallejo, Jorge Carrera Andrade y Carlos Pellicer. Todos ellos nacieron alrededor del año 1900. Y son sus obras las que representan a la poesía hispanoamericana moderna.

Empero, ¿cuál es la situación de la poesía en la América Hispá-

nica? el poeta vive en países de grandes extensiones y de enormes contrastes: tanto en lo social como en la naturaleza que lo rodea, y en muchas otras formas. Es posible que le toque vivir en un país en donde el 80% de los pobladores son analfabetos (estos son datos que nos proporciona una estadística oficial de la ONU, de 1955), o en uno de los otros quince países en donde el porcentaje de analfabetismo oscila entre el 50 y el 80%. Pero, al mismo tiempo, también es posible que estos mismos países posean grandes ciudades que sean tan modernas, o más, que las europeas más modernas. . . Un centro cultural como Buenos Aires (al que Artur Lundkvist llama "un mercado literario"), o Caracas, o Río de Janeiro, que poseen grandes editoriales, arquitectura moderna y museos, como sucede también en Sao Paulo. También existe la posibilidad de que el padre o el abuelo de este poeta hayan venido de Europa; y entonces puede suceder que se sienta dividido entre el país viejo y el nuevo. Asimismo, es posible que él pertenezca a la población de los no europeos —los indios o los negros—, lo que en algunos lugares lo puede colocar en una situación especial. Si no pertenece a una de las antiguas familias españolas radicadas en América, puede ser que venga de un grupo de pequeña importancia en la sociedad o comunidad, las cuales poseen tradiciones fijas y heredadas que tal vez operen una fuerte reacción en su contra. De todas maneras, su idioma será el español, el cual lo pone en relación con una tradición determinada, la cual viene desde Góngora y Bécquer hasta nuestros días. Y, entonces, la literatura que él más conoce será, naturalmente, la española, y la francesa. Sin embargo, a pesar de vivir en una gran ciudad donde las casas surgen como hongos, o conoce la infinidad de los suburbios —como Jorge Luis Borges los ha descubierto en sus poemas de Buenos Aires, de todas maneras estará este poeta bajo la influencia de la naturaleza de una manera totalmente distinta a la de sus colegas europeos; y esto ocurrirá especialmente si vive en la parte tropical del norte de suramérica o en la América Central, y esta naturaleza será eruptiva, variada, violenta y aturdidora. Y, si a este poeta le tocó nacer en la América Central, lo más probable es que esté en el exilio (*algunos de ellos están en México*); también es posible que el poeta viva en su torre de marfil o que, al contrario, esté comprometido, como tal, en las luchas de la izquierda y entonces sentirá que su meta deberá ser, expresar una conciencia nueva, una cultura mestiza —como debe ser la suya—: la hispanoamericana. Existen muchos ejemplos de todo esto. Aquí sólo me referiré a una declaración que Artur Lundkvist cita del poeta ecuatoriano Jorge Enrique Adoum. La conversación ocurrió en Quito, en el año 1957. Lundkvist habla del poeta, cuyo pa-

die llegó a Ecuador procedente del Líbano, mas Adoum se siente muy ecuatoriano y, sobre todo, muy indio. "Todos los ecuatorianos pensamos como blancos, pero sentimos como indios" —afirmó.

Son los poetas de la segunda generación modernista los que han caracterizado, de manera principal, a la poesía hispanoamericana de nuestro tiempo. Ellos y la nueva generación (los "Contemporáneos", los llaman en México) han venido trabajando en ese sentido. Uno de los poetas importantes de este grupo es el chileno Vicente Huidobro. Nació en 1894 en Santiago de Chile, lugar donde, muy joven, editó un par de libros de poesía. Se fué a París a los 24 años e intimó con los círculos que trabajaban con los cubistas y las ideas de Apollinaire. Más tarde se marchó a Madrid donde se unió a los miembros de la nueva edad de oro española, en la Residencia de Estudiantes, entre artistas como García Lorca, Alberti, Buñuel y otros. Todo esto ocurría en el Madrid de los años veintes que entonces proclamaba su propio "ismo", el "creacionismo". "El poeta no tiene que ser la herramienta de la Naturaleza: tiene que hacer de ella su herramienta", proclamaba Huidobro en uno de sus Manifiestos. El "creacionismo" huidobriano cayó muy bien en los empeños de los escritores de entonces. Y también halló tierra fértil en la América Hispánica, donde, especialmente en países como Chile, Argentina y Uruguay, se habían hecho experimentos arriesgados, en parte inspirados por el surrealismo y el dadaísmo. Huidobro posee su propio acento de intimidad, calor y repentinas ocurrencias. Pero al mismo tiempo es un poeta cósmico como los hay pocos. Abre y descubre nuevos horizontes, relaciones nuevas entre nosotros, él y el universo. El registro de Huidobro continúa esparciéndose a través de su producción; pero también sucede que sale y directamente habla por otros o por todos como en la extensa "Serenata de la Vida Riente" del libro *Ver y Palpar* (1931), en donde, si uno quiere, usa las palabras como regalos que nos echa encima.

"Preludio a la Esperanza" se encuentra en el libro *El Ciudadano del Olvido* (1941). Se puede entender como un poema de angustia, pero también se le puede dar importancia a las insinuaciones de esperanza que existen en él. Se le puede considerar como un poema en el que el poeta sale de un caos que lentamente domina a través de su calor y donde dibuja su perfil, a pesar de esa mezcla que le ha amenazado con estallar. Es como si en el poema se encendiera un poco más de luz en cada línea, hasta que él, a través de su propia angustia, consigue relacionarse con el mundo y puede seguir viviendo expuesto a sus contrastes y que en el poema trata de entender. No hay ninguna anuncia-

ción (“¿Qué quieres que diga?”). Todavía no se trata de la esperanza misma; sólo de un preludio de ella, una identificación de los alrededores donde la esperanza pueda nacer y alguna vez pueda sentirse como en casa en el mundo.

Chile está representado en la misma generación por poetas como Gabriela Mistral y Pablo Neruda (los dos han sido ya traducidos a idiomas-escandinavos) y también por Pablo de Rokha, indomable y eruptivo. De Rokha es marxista y americanista como Neruda, más donde los poemas de Neruda pueden tener un carácter de especie de “frescos”, los de Rokha son compactos y violentos como erupciones volcánicas. Allí, ahora y antes, Freud, los mitos y profesías sociales se mezclan en una sola corriente de lava ardiente. En la muy numerosa generación joven es Nicanor Parra uno de los nombres que más se escuchan. El no pertenece ni a los poetas políticos ni al grupo metafísico que está alrededor de la revista “Mandrágora”. Pertenece más bien al grupo que Juan Luis Canales, el poeta y crítico venezolano, llama “ecclético”, dividido entre la realidad social exterior y objetiva, que aceptan, y la exigencia, la pregunta y los descubrimientos inquietantes del ser.

El argentino Jorge Luis Borges, nacido en Buenos Aires en 1899, ha sido durante muchos años uno de los jefes de la literatura hispanoamericana. En Europa es conocido especialmente como ensayista, novelista e investigador literario. En este último campo revela una erudición casi abrumadora; y eso también en lo referente a las literaturas china, inglesa o argentina. Es un poeta con la conciencia siempre despierta, perforante e investigadora. Sus poemas son monólogos, luchas, recuerdos y testimonios de su existencia —como él mismo dice. En el Buenos Aires culturalmente cosmopolita donde Borges era uno de los peores enemigos de Perón, él es también uno de los escritores que tienen sus raíces más hundidas en la historia de Argentina, historia que él conoce profundamente, tanto como Buenos Aires con sus calles, suburbios y gentes. Y a esta historia la emplea Borges como tema de muchos de sus poemas. Pero él es siempre el hombre individualista y sus reacciones ante una situación determinada siempre estarán en primer lugar.

Al igual que Huidobro, Borges volvió de Europa en los años veintes, trayendo ideas nuevas y funcionando como catalizador de la poesía experimental que en ese entonces acababa de surgir en Buenos Aires. Y, al igual que Huidobro pero en una dirección totalmente distinta, él ha individualizado y personificado su poesía. Al mismo tiempo

ha sido (junto con Neruda, Huidobro, Carrera Andrade, Guillén, Vallejo y otros miembros de su generación) uno de los principales representantes de una poesía moderna y específicamente hispanoamericana.

Leer a Vallejo es como escuchar una voz bajo una presión de pasiones y, a menudo, de angustia, dolor y furia. Constituye un acontecimiento físico de presencia, un drama. Junto a su voz se escucha el sonido silbante de su respiración, se siente la saliva en la boca, los pequeños esputos y taitamudeos y estertores. Lo que allí se vive es la *intensidad tremenda de un hombre que lucha para decir lo que le oprime* y que toda su vida tiene que luchar para poder expresar. En Vallejo pasa lo estético a un segundo lugar: se trata de otras cosas: del acontecimiento íntimo de un ser humano que gime de bruces, inventando palabras nuevas cuando ya las viejas no bastan; se expresa como si se arrancara las entrañas y lo atrapa a uno con su tensión tremenda y desnuda.

Vallejo nació en el Perú en 1893, en un pueblecito que se llama Santiago de Chuco. Murió en París, en 1938. En la poesía peruana le sigue José María Eguren, un poeta fino y simbolista cuyos versos pueden parecerse a la música de Debussy. A Eguren no le faltan ni la fantasía ni la técnica: para él la pureza del poema es lo determinante. En cambio, para Vallejo era el ser humano, el hombre simple y concreto, no el hombre con mayúscula; con sus nervios, micobios, respiración, ansias y hambre, y con su lucha diaria contra las cosas exteriores, contra la decadencia del cuerpo, contra la confusión y el cansancio, contra la injusticia social y contra la muerte, confiando en el futuro. Vallejo es el ser humano total: no sólo una "situación", sino una "acción".

Vallejo pasó los últimos diez años de su vida en Europa, en París donde vivía, y en Moscú y en España. Murió extenuado por la tuberculosis y por el dolor que le causó la derrota de la República Española y, aparentemente traicionado por sus partidarios políticos. (Sobre esta cuestión y sobre Vallejo en particular existen datos interesantes en la revista francesa *Les Lettres Nouvelles* (octubre de 1957), la que también trae traducciones de varios de sus poemas. Vallejo, el cholo y el modernista, fue y tenía que ser un poeta "comprometido", pero se mantuvo individualista y libre. Al mismo tiempo que en Europa, ahora, están descubriendo su influencia en la joven generación hispanoamericana y también en la española; además, en centroamérica esta influencia está creciendo fuertemente a costa de Pablo Neruda. Muchos

consideran ya a Vallejo como el más importante entre los poetas post-modernistas.

Un poeta de otra especie es Jorge Carrera Andrade, nacido en Quito, Ecuador, en 1903. Al igual que Vallejo, tiene sangre indígena en las venas. Sus poemas pueden ser "exóticos" por su riqueza de color e imaginación. Y también por las muchas impresiones de sensualidad. Este exotismo y esta riqueza de imágenes y, en algunos poetas, de palabras, no es, no obstante, lo que pudiera llamarse "rebuscado"; esto depende del clima, tanto en lo espiritual (la poesía folklórica indígena y la poesía española), como en lo físico (la naturaleza). Lo que Carrera Andrade describe es su país mismo: el agua, los árboles, las rocas, los pájaros, los frutos, la luz, pero también la gente, los indios (a los que su generación les dio un lugar en la literatura): en las montañas o en las cosechas. Sus poemas tienen un carácter preciso y hondamente sentido; en algunos de ellos existe un tono extraño y sin sonido que no se ve fuera de la poesía hispanoamericana.

Con Nicolás Guillén hemos llegado a Cuba y, así, a un escenario completamente distinto. Aquí son los negros y no los indios —como en Ecuador, Colombia o Perú— los que forman la población mayoritaria no europea. Es África y España. Guillén une estos dos elementos en su persona, por su origen, y también por su poesía. Nació en 1902 en el pueblo de Camagüey. Después de haber sido periodista por algún tiempo, publicó en 1930 su primer libro de poesía. Después han aparecido sus obras unas tras otras y Guillén es hoy en día uno de los poetas hispanoamericanos más conocidos. El poeta que ahora vive exiliado en París (1958) pertenece a la generación que los cubanos llaman de "La segunda República". Nació casi al mismo tiempo de la independencia de Cuba y le tocó crecer en una atmósfera de guerras civiles, crisis, intervenciones extranjeras (norteamericanas) e inestabilidad política. Todo esto se siente en sus poemas. Y se experimenta también la tensión social (las tres cuartas partes de la tierra cultivable de su país están bajo el control extranjero, y el 22% de la población que tiene más de quince años de edad es analfabeta) cuando escribe "Del mapa cruel de azúcar y olvido de Cuba". Como se sabe, el cultivo del azúcar es la principal fuente de ingresos de su país.

La poesía de Guillén posee muchas facetas. Es aguda y polémica cuando trata de los estados sociales y políticos, y lo es de otra manera cuando expresa el tema de la esclavitud de los negros. Puede poseer efectos de agitación y de repente cambiar hacia un lirismo cálido. Puede tener la forma de una de las baladas de García Lorca, o la de una

rumba u otra canción folklórica cubana, o sea como una fórmula mágica o conjuro de las ceremonias del *voudú*. La poesía moderna que él ha creado reposa en antiguas tradiciones españolas y, en igual grado, en el folklore cubano de hoy.

México es uno de los países cuya vida cultural está señalada por la vitalidad más grande. Y esta afirmación vale, sobretudo, para la poesía. Carlos Pellicer, Alfonso Reyes, Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet (el anterior Presidente de la UNESCO), Octavio Paz, José Gorostiza, son los nombres de importancia y todos han tenido bastante influencia sobre la nueva generación. Salvo Octavio Paz que es un poco más joven que los nombrados, todos pertenecen a la generación llamada "Contemporánea" (1925-1940).

Se ha querido dividir a los poetas mexicanos en dos categorías: los extravertidos, que escriben sobre el mundo exterior, y los introvertidos, en quienes, entre otras cosas, el tema de la muerte ocupa un lugar principal. Pero esta división es inoperante. Octavio Paz y Xavier Villaurrutia expresan la misma actitud humana que Reyes y Torres Bodet. Y éstos meditan tanto sobre la existencia como los nombrados con anterioridad. Las dos tendencias coexisten y se mezclan. Pellicer, por su lado, es un poeta del trópico, de los sentidos y de la luz. Y lo mismo podemos decir de Gorostiza, aunque éste sea más conservador. El tema de la muerte lo contemplan en una forma más o menos igual a como lo veían los antiguos aztecas; este tema es el dominante en el sugestivo Villaurrutia. Reyes escribe grandes poemas de México y la América Central en un plan más concreto. A menudo sus cantos son una especie de rapsodias extensas y visuales. Torres Bodet se mueve entre planos interiores y exteriores.

Si el tema de la muerte condiciona la producción de Villaurrutia, la de Octavio Paz está escrita bajo el signo del espejo. El espejo que tenemos enfrente cada vez que buscamos una respuesta a las grandes preguntas de la vida: las formas variadas de la realidad, lo que no se puede asir, lo pasajero o inreal. Donde todo se mezcla y es ilusorio: el silencio y la soledad. Los poemas de Paz tienden los brazos hacia lo desconocido. Pero, como se advierte en el "Himno entre ruinas", también posee otras facetas: el conquistado sentimiento de lo cópico y elemental.

Entre los poetas más jóvenes se considera al "macizo" Alí Chumaceiro (nacido en 1918) como uno de los más interesantes.

Resulta imposible dar a conocer aquí a todas las tendencias poé-



ticas que se están operando actualmente en hispanoamérica. Son demasiadas, mezcladas y poseen muchas ramificaciones. De Guatemala hay que nombrar al novelista Miguel Angel Asturias, que también es un poeta importante; y a Raúl Leiva, quien en su *Danza para Cuauhtémoc* trata, como él mismo escribe, "de expresar al indio que tengo en la sangre, sintiendo y hablando como él lo hubiera hecho". Esta actitud social y políticamente revolucionaria que Leiva expresa se puede hallar también en otros poetas. Elvio Romero, del Paraguay (país en donde el 94% de los campesinos no poseen tierra, y al que Artur Lundkvist, en una carta de viaje, llama "El país más aislado, el más asolado por las guerras y las dictaduras, el más desconocido y misterioso" de las repúblicas suramericanas) y el antes nombrado, Enrique Adoum, del Ecuador. Con esto hay que darse cuenta del fenómeno de cómo la literatura indigenista ha florecido desde los años treinta y sigue siempre viva, especialmente en el Ecuador, Perú, Brasil y Colombia, sobretodo en la forma de novelas, documentales y en el género picaresco, en las pequeñas comunidades de negros o indios. Entre sus representantes más importantes están Ciro Alegría (peruano) y Jorge Icaza y Adalberto Ortiz, que también es poeta, del Ecuador. César Vallejo también llegó a escribir novelas indigenistas, y un poeta como Carrera Andrade tiene en algunas poesías algo semejante. Este género ha sido cultivado también por otros escritores y no es difícil contemplar las posibilidades que tendrá en el futuro, como expresión de una cultura nueva.

Los jóvenes ecuatorianos Alejandro Carrión y César Dávila Andrade representan cada uno una rama de esta tendencia: Carrión a través de la literatura "comprometida" y Dávila Andrade, en su *Catedral salvaje*, buscan una unión mística con la tierra y su pasado precolombino. También hay que nombrar la forma especial que ha tenido el surrealismo en el Perú, con poetas como Adolfo von Westphalen, César Moro, Xavier Abril y Carlos Oquendo de Amat.

Fuera de México, uno de los países donde en los años últimos han sucedido cosas importantes, dentro de lo poético, es Venezuela. Además de que Caracas ha traído artistas y escritores de otras partes (entre otros, al ya conocido en Dinamarca Alejo Carpentier, que es uno de los más interesantes valores hispanoamericanos), el país mismo ha producido algunos poetas jóvenes de importancia Otto D'Sola y Vicente Gerbasi nos ofrecen en su obra una orgía de naturaleza tropical; pero Gerbasi trata, al mismo tiempo, en *Mi padre el inmigrante* (de 1945), de hacer una unión entre esa naturaleza tropical y los pobladores que llegaron a su país del Viejo Continente. Otros poetas venezolanos son:

Ida Gramcko, mujer que se ha formado una intensa imagen del mundo en poemas que son largos monólogos, a veces con algo de metafísico; el poeta y crítico Juan Liscano, el novelista Miguel Otero Silva, y muchos otros.

Universalistas o americanistas, indigenistas o intelectualistas, comprometidos o metafísicos, introvertidos o extravertidos, las etiquetas son muchísimas, más sólo son de ayuda muy limitada y pueden hacer tanto daño como provecho. Más, de todas maneras, existe el hecho de que hay una evolución tremenda en la literatura hispanoamericana moderna (y, por lo demás, también en la brasileña, que forma un mundo aparte), y que después de la segunda generación modernista —surgida en 1920— ya ha conquistado su independencia. Los hispanoamericanos sienten una necesidad de contacto con Europa, pero nosotros también tenemos algo que buscar en el otro lado del Atlántico.